

CONFERENCIA DEL MAESTRO OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL TRABAJO EN LA ESCUELA INICIÁTICA I

Salida de sol del 26 de diciembre de 1972

Algunos dicen: "¿qué nos ha aportado la Enseñanza después de tantos años? ¡No han cambiado mucho las cosas para nosotros!" Y yo les respondo: "¿En qué estado se encontrarían si no estuvieran en la Enseñanza? ¿Lo saben?" Al menos los ha mantenido con buena salud, les ha dado esperanza, les ha procurado conocimientos. Si no estuvieran en esta Enseñanza luminosa, ¿dónde estarían ahora? Deben reflexionar, ¿ven?... o bien verificar: dejen la Enseñanza y verán si será lo mismo.

Les daré una imagen: comen, respiran, y dicen: "¡Ah!, siempre lo mismo, no me he vuelto más rico ni más poderoso." Pero, no respiren, no coman, y verán lo que sucede: estarán muertos. Sí, no han visto eso. Han comido, han bebido, y no han visto ningún cambio. Pero, si no hubiesen comido, ¡sí que habría habido grandes cambios! Sucede exactamente lo mismo cuando no ven la verdad y dicen: "La Enseñanza no me ha aportado nada después de tantos años". En realidad, los ha sostenido, ha impedido al menos que se desmoronasen. ¿Cómo se puede ser tan inconsciente, tan ciego? Sí, es exactamente como con el alimento, con el aire o con el agua. Gracias a ellos viven, pueden ver, oír, tocar, mirar, conocer. Mientras que, si no comen, si no beben, si no respiran, no podrán hacer nada, salvo ir más rápidamente al cementerio.

La Enseñanza los sostiene. Les permite mantener el equilibrio; si no la tuviesen, no tendrían la misma cara, ni la misma mirada, ni la misma irradiación. Sí, ¿cómo serían? No lo saben. Hablan de cosas que no han verificado. Y yo se los digo: ¡gracias a Dios que están en la Enseñanza! Quizá todavía no tengan los dos pies en ella, y es una lástima, pero al menos, gracias a ella, todavía tienen vida, tienen esperanza, tienen luz. Si no, ya habrían perdido la esperanza, ya habrían perdido el sentido de la vida, y serían muertos vivientes... sí, cadáveres que se pasean con el vacío dentro. ¡Mientras que ahora, al menos viven!

Dios mío, ¡cómo razona la gente! Sí, de ahora en adelante, queda prohibido para los discípulos proferir un juicio semejante. Si no, es que todavía no son dignos de estar aquí. Si no son felices con la luz de esta Enseñanza, con estas ideas nuevas, con esta inteligencia formidable que está a su disposición, ¿en qué estado se encontrarían si no las tuviesen? Si ni siquiera con la luz ven las cosas claras, ¿qué harían sin luz? Vivirían en unas tinieblas sin fondo. No pueden decir que no.

En realidad, ¡hay tantas riquezas en una sola conferencia, tantas verdades que pueden ayudarlos! Pero no aprovechan estas riquezas porque su cerebro no siempre se encuentra en buen estado para recibirlas. Falta atención, falta concentración, y están ahí, esperando el final de la conferencia, de la que sólo van a retener las anécdotas, lo que es divertido o curioso. Los puntos que exigían concentración, una luz extraordinaria para penetrar la profundidad de un problema, les pasan desapercibidos, porque su cerebro está fatigado. Los humanos no saben cómo vivir, ni de qué ocuparse, para que su cerebro esté siempre disponible. Comen, beben, se sumergen en los placeres, sin preocuparse del estado en el que se encontrarán después cuando llegue el momento de comprender una cuestión importante. En estas condiciones, aunque se queden toda la vida en una Escuela iniciática, no van a recibir gran cosa, porque no han hecho nada para que su cerebro esté en estado de comprender.

Los que se lanzan a cuerpo perdido en las sensaciones y las emociones pronto están agotados y su cerebro ya no es capaz de hacer ningún esfuerzo. Para que nuestro cerebro esté siempre disponible y sea resistente tenemos que estar muy atentos, y ser prudentes, ecónomos y mesurados en todas nuestras actividades. Desgraciadamente, es esta consciencia lo que le falta al discípulo; no es prudente, no es razonable, despilfarra todas sus energías en locuras, y, después, incluso cuando un Iniciado viene a revelarles los secretos de la vida, no comprende nada, está fatigado. Ha dedicado su tiempo y sus energías a unas actividades que no podían aportarle ni la salvación, ni la liberación, sino que, al contrario, no han hecho más que sobrecargarle. Pero él lo prefería así, era más feliz agotándose y enfermando, no esperaba el momento en el que podría encontrar la verdad que podía liberarle.

Siempre sucede así con los humanos. Cuando el Príncipe encantador se presenta, la chica con la que éste hubiera querido casarse ha hecho ya tantas tonterías que el Príncipe, asqueado de su fealdad, se va a buscar otra, y la chica se queda llorando toda la vida. ¿Y por qué ha hecho locuras? ¿Por

qué no ha esperado al Príncipe encantador? Evidentemente, es algo simbólico. El Príncipe encantador puede ser una verdad, un secreto que un Iniciado viene a revelarles. Pero entonces, justamente, están durmiendo. Han perdido sus energías en actividades estúpidas, y ahora duermen. Sí, ¡va lejos este asunto! Se les puede hablar a los humanos durante tres mil años, pero continúan siendo los mismos, porque sólo captan la mitad de lo que se les dice. Estaban cansados, supuestamente; siempre la misma historia: ¡cansados! "¡Ah!, ha hecho chapuzas, ha limpiado la casa todo el día..." Pero ¿vale la pena verdaderamente perder toda la jornada limpiando la casa cuando él mismo está tan sucio interiormente? Primero debe venir aquí a limpiarse, y más tarde limpiar la casa.

¿Ven?, hay algo que no va. Y luego, evidentemente, vendrán a reprocharme que después de tantos años de escuchar conferencias no obtienen resultados. Pues bien, yo les explicaré por qué no tienen resultados: les mostraré cómo consideran las cosas, cómo viven, con qué cuentan, y verán quien es el culpable. Piensan que siempre son otras cosas u otras personas las responsables del mal estado en el que se encuentran. No.

En la Enseñanza hay con qué conmover al mundo entero, y nadie se conmueve. ¿Acaso es culpa mía? Yo me conmoví por un millón de veces menos cuando tenía dieciséis años. Sí, recibí un millón de veces menos que esta ciencia que les doy, y el impulso que entonces recibí no ha disminuido todavía. Y a ustedes, ¿cuánto tiempo les hace falta para recibir un impulso? Puede presentarse durante miles de años toda la ciencia y todavía no estarán ni animados ni estimulados. ¿Qué esperan para ponerse a trabajar?

Tomen en serio una sola verdad, y esta verdad puede propulsarlos. ¡Sí! Pero no razonan como Dios manda: tienen sus medidas, sus criterios, sus puntos de vista, y no se dan cuenta de que es eso lo que los induce a error. Deben reemplazarlos. Esto es lo que yo hago. Desde muy joven comprendí que debía rechazar todos mis puntos de vista erróneos y reemplazarlos por los de los Iniciados, y así ha sido mucho mejor, créanme. ¿Qué esperan ustedes para hacer lo mismo? ¡Cuántas veces han constatado que sus puntos de vista los habían extraviado! Pero se aferran a ellos, a pesar de todo. ¡Vamos, reemplácenlos, y estarán salvados! reemplácenlos, porque, si no, es triste decirlo, pasarán los años y seguirán siendo igual de mediocres, a pesar de toda esta riqueza y de todo este esplendor que están expuestos ante ustedes.

No les digo que vengan aquí por mí, sino por la Enseñanza, porque la

Enseñanza es rica, vasta, infinita. Si vienen por la Enseñanza, nunca la abandonarán. Pero, si vienen por mí, porque un día les di una sonrisa, si un día, por casualidad, no se las doy, ya no volverán. Y esto no es serio. Un Maestro no tiene tiempo para dar siempre miradas y sonrisas. Está ocupado, sobrecargado incluso. Por eso los discípulos no deben esperar recibir miradas y sonrisas, porque, si no, acabarán no teniendo ni Maestro ni Enseñanza. ¿Qué puede hacer el Maestro con un discípulo que sólo se interesa por él y nada en absoluto por sus ideas? Siente que este discípulo sólo piensa en absorberlo, y, como sabe lo peligroso que es eso para él, hace todo lo que puede para alejarse y escapar. Mientras que, si ve a otro que viene por la Enseñanza, le sostiene, le ayuda, porque éste es un ser inteligente, y, puesto que es inteligente, tiene las dos cosas: la Enseñanza y su Maestro. ¿Lo ven? Está claro. Sí, si quieren estar conmigo, aférrense a la Enseñanza.

Cuántas cartas he recibido en mi vida de ciertas mujeres, que tenían, por otra parte, grandes cualidades, no lo niego. Pero les había entrado una idea extravagante en la cabeza: querían casarse conmigo a todo precio. Por mucho que les dijese que ya estaba casado, que la Fraternidad Blanca Universal es mi mujer, mi novia, ¡no había nada que hacer! Se los explicaba amablemente (aunque a veces empezara a mosquearme), pero no había forma de que comprendiesen que no podía. Y, francamente, se los digo, cuando veo que algunos se apegan puramente a mi persona, tengo miedo, porque sé todas las complicaciones que me esperan por este lado si no hago nada para alejarme. ¿Cómo hacerles comprender que piden algo imposible y peligroso?

Cuando sabemos leer y descifrar el libro de la naturaleza viviente, vemos que, si reina este orden y esta armonía en el cosmos entero, es, simplemente, porque el Sol está ahí, en el centro, y permanece en él. A todos los planetas que giran a su alrededor les gustaría mucho atraer al Sol, abrazarle, pero el Sol no los escucha: "No, no, dice, si me desplazo, el orden cósmico entero será perturbado. Yo debo permanecer en el centro, y ustedes deben girar a mi alrededor. Sólo así podré seguir enviando luz, calor y vida a todo el universo." Un verdadero Maestro debe ser como el Sol: debe permanecer en el centro sin desplazarse nunca para complacer a uno u otro de sus discípulos que quiere atraerle hacia él, porque entonces se vería obligado a abandonar a todos los demás. El papel de un Maestro es éste: dar sus pensamientos, sus sentimientos, su ciencia, incluso su vida, pero permaneciendo en el centro, como el Sol. Aquéllos que no lo hicieron, no cumplieron verdaderamente su misión. Hay que aprender a leer el libro

de la naturaleza viviente en donde el Sol nos revela estas verdades.

Aférrense solamente a la Enseñanza que les aporporto. Cuando vea que hacen esfuerzos en este sentido, soy yo quien vendrá a buscarlos, porque a mí me gusta lo que es luminoso, verídico, divino. Cuando veo que un alma trabaja divinamente, me siento atraído por ella, como las mariposas por la luz. Pero sólo si trabaja divinamente. Si no, no hay nada que hacer, ni las promesas, ni las amenazas me harán ceder. Me gusta la belleza, me gusta la pureza, me gusta la luz, y sólo si trabajan con ellas estaré con ustedes, mi pensamiento estará con ustedes para sostenerlos, para ayudarlos, para protegerlos. Pero si veo que quieren acapararme solo para ustedes, sin dejar nada a los demás, ante este egoísmo y esta incomprensión tengo miedo y hago todo lo que puedo para escapar. No deben venir aquí para acapararme, sino para instruirse.

E iré más lejos incluso. Supongamos que decida no revelarles nada más. Pues bien, esto tampoco es razón para dejar de venir a la Fraternidad, pensando que, puesto que ya lo conocen todo, ya no tienen nada que hacer. Si razonan así es señal de que no han comprendido nada. No deben venir solamente para instruirse, como se hace en las escuelas y las universidades, en donde, una vez que han terminado sus estudios, los estudiantes dejan a los profesores. Aquí, claro, vienen también para instruirse, pero esta instrucción debe servirles para hacer un trabajo, y este trabajo es el de formar todos juntos una pila de una potencia extraordinaria. Sí, cientos de almas y de cerebros reunidos que van a producir unas ondas mágicas de un poder extraordinario para ayudar a los humanos sumergidos en las tinieblas y los sufrimientos. Hasta el día en que podamos, por fin, traer el Reino de Dios a la Tierra. Sí, sobre este punto también hay muchas cosas que no están claras en la cabeza de los hermanos y hermanas.

Acabo de recibir una carta de una persona que me dice: "Maestro, ¡qué claridad, que luz hay en sus libros! He conocido muchos movimientos espiritualistas, he leído muchos libros esotéricos, pero no he encontrado en ninguna parte los problemas esenciales expuestos con esta claridad. Me gustaría conocerle, pero sólo a usted, porque no me gusta la colectividad. ¿Podría usted recibirme?". Pues bien, ¿qué creen que debo responderle a esta persona? Es mejor que no venga, porque no está preparada. No quiero aquí a gente que sólo se interesa por las ideas, de las que van a servirse después sólo para su interés egoísta. Necesito a seres que amen la colectividad y que deseen participar en un trabajo colectivo para la venida del Reino de Dios a la Tierra. Por eso, cuando algunos me dicen

francamente que no les gusta la colectividad y que sólo quieren verme a mí, para utilizar mi saber no se sabe para qué, no tengo interés en recibirles. Me honra que quieran hacer el esfuerzo de venir a verme, pero yo no tengo necesidad de estos egoístas. ¡Que se vayan a otra parte, pero que no vengan aquí!

¡Le responderé, pues, a esta persona lo mismo que Nastradine Hodja le respondió a su mujer, Fatmé!... Sí, Nastradine Hodja tenía una mujer que se llamaba Fatmé. Ya saben cómo se hacían en Turquía los matrimonios en el pasado. La familia era la que los decidía, o el Sultán para sus ministros, y los futuros casados no se veían hasta el día de la boda. La costumbre quería también que la mujer, que aparecía siempre en público con un velo, preguntase a su marido ante qué miembro de la familia podía mostrarse sin velo. Al ver por primera vez el rostro de Fatmé, Nastradine Hodja se asustó de su fealdad. Por eso, cuando ella le preguntó: "Marido querido, ¿ante quién debo mostrarme sin velo?". Nastradine Hodja le respondió: "¡Ante el que quieras, salvo a mí!" Pues bien, yo también le diré a esta persona: "¡Vaya usted a donde quiera, salvo aquí, a la Fraternidad Blanca Universal!"

Deben, pues, ensanchar más su comprensión. Supongamos que la Enseñanza ya no les revele nada, sí, supongámoslo (¡aunque miles de años no les bastarán para agotar todas las riquezas que contiene!). Pues bien, esto no es razón para abandonarla, porque su meta tampoco debe ser instruirse. Su meta no debo ser yo, ni la ciencia, sino el trabajo: un trabajo que puede durar durante toda la eternidad. Sí, este trabajo es tan benéfico, tan vivificante, que aquellos que lo practican mejoran incluso su salud; su gozo y su felicidad son tan grandes que no pensarán jamás en abandonar este trabajo, que se convertirá en su vida, y ya no podrán vivir sin él. Para mí es así. La meta de mi vida es el trabajo. Todo lo demás me es indiferente. Que me abandonen, que el mundo entero me censure, me da igual. Yo hago mi trabajo y tengo la vida eterna, ¿Por qué no me imitan?

De ahora en adelante, lo que debe contar para ustedes es este trabajo que hacemos juntos para el bien del mundo entero. Gracias a este trabajo estaremos eternamente juntos, porque no se acabará jamás, y, de esta manera, caminaremos todos hacia la perfección. Nadie ha alcanzado nunca la perfección yendo hacia un ser solamente, o hacia la ciencia solamente. Únicamente el trabajo los conducirá a la perfección, el trabajo que no es otra cosa que el amor divino. Evidentemente, dirán que hay obstáculos que les impiden consagrarse a este trabajo. ¿Y por qué existen estos

obstáculos?... Porque no piensan correctamente, porque no ajustan las cosas correctamente para dar a su vida una meta determinada, por eso no llegan a encontrar la solución: el trabajo. Pues bien, yo la he encontrado, ahora ya no tengo otra cosa en la cabeza, ni el dinero, ni la gloria, ni las mujeres, nada, sino solamente el trabajo.

Lo encuentro todo en este trabajo, y, se los digo: si Dios me da la posibilidad de continuar, el mundo entero se pondrá en movimiento. ¿Me comprenden, o no? Mientras cuenten con otras cosas que no sea el trabajo, tendrán decepciones, no conocerán ni la satisfacción ni la plenitud. Pero el día en que lleguen a realizar este trabajo, no encontrarán palabras para decir lo que pasa en ustedes, porque, gracias a este trabajo, todo empezará a despertarse, a brotar, a florecer.

¡Bienaventurados los que me han comprendido!

* * *

